

CRISTO DE NUEVO CRUCIFICADO

Apenas en un rincón apareció en los diarios la noticia del asesinato del padre Rutilio Grande y de los campesinos Manuel Solórzano y Nelson Lemus. Se disponían a celebrar la misa cuando fueron ametrallados a quemarropa en Aguilares, a unos 30 Km. de San Salvador, capital del hermano país centroamericano.

Son los últimos nombres de una lista que va resultando ya demasiado larga. No fueron guerrilleros ni provocadores. El padre Grande hizo con nosotros el noviciado en Venezuela y se le recuerda como hombre bondadoso y servicial. No pretendieron capitalizar ningún poder político. Son simplemente seguidores de aquel hombre que vino a traer a los pobres la buena noticia de su liberación (Lc. 4,18).

Fueron asesinados por la derecha en el poder. La acusación, ya se sabe, "anda alzando al pueblo" (Lc. 23,2). Y no podemos decir que sea una confusión. El poder opresor, ciego para reconocer el Espíritu que mueve la historia, tiene un instinto certero para detectar lo que se opone a sus intereses. Y ciertamente se opone a sus intereses una predicación sistemática de las palabras del papa "no hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad cuando a los demás les falta lo necesario" (Populorum Progressio no. 23). Estos cientos de cristianos, estas decenas de sacerdotes asesinados en estos últimos años en nuestra América han sucumbido por haber llevado a la práctica con eficiencia el camino propuesto por nuestros obispos en Medellín: "Alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base, por la reivindicación y consolidación de sus derechos y por la búsqueda de una verdadera justicia" (Paz no. 27).

Sus muertes no han sido accidentes lamentables o sucesos excepcionales. Son mártires, y por eso, nuestros héroes y nuestros símbolos. Ellos no nos justifican. Más bien nos acusan y nos apremian. Pero si queremos ser consecuentes, ellos son nuestra fortaleza. Ninguno de ellos buscó el enfrentamiento y mucho menos la muerte. Ellos amaron la vida. Pero amaron más la fidelidad a Dios y al pueblo a quien sirvieron. Por eso ellos no nos incitan a actitudes provocadoras ni a gestos desesperados sino a construir con el pueblo un camino de liberación y a mantenernos de esta manera fieles a nuestro compromiso cristiano.

Detrás de los mártires vienen quienes han confesado su fidelidad en la tortura, en los interrogatorios policiales, en el acoso de las autoridades, en la discriminación de los poderosos, en la difamación, en la penuria, en la incomprensión, en el peligro, en la soledad. Son una gran multitud.

Y sin embargo no podemos decir que ese sea el único rostro de la Iglesia latinoamericana. Todavía hay jerarquías que bendicen los bancos y las armas que se usarán para reprimir al pueblo; que, aceptando irreflexivamente la ideología de los opresores, contribuyen a la represión de los cristianos acusándolos, ellos también, de comunistas; todavía hay sacerdotes que predicán paciencia y resignación, que creen que es voluntad de Dios el que existan pobres y ricos y que opinan que la misión de la Iglesia es meramente cumplir con la ley y el culto. Y hay sobre todo la Iglesia que calla y otorga, la Iglesia del miedo y de la sumisión. La Iglesia que ni oprime ni libera, ni fría ni caliente (Ap. 3, 15). La Iglesia sin evangelio.

EL CAMINO DE JESUS

Para comprender el momento que atraviesa la Iglesia latinoamericana puede ayudar la comparación con la vida de Jesús. El comenzó a predicar que estaba cerca el reino de Dios; esto era una buena noticia y bien merecía un cambio de vida. Y la Iglesia latinoamericana encontró, como un tesoro escondido, el evangelio de la liberación y se lanzó con entusiasmo a sembrarlo por todos los ámbitos.

Al comienzo Jesús encontró una resonancia multitudinaria. Muchos le siguieron; aunque otros se preguntaban "¿qué doctrina es ésta?" y en general los jefes se mantuvieron reservados y a la expectativa. Es cierto que en América Latina Medellín fue saludado con gran entusiasmo; muchas personas —no pocas religiosas y sacerdotes— cambiaban sus solidaridades de clase, incluso su ubicación social y sus obras educativas y apostólicas y se ponían al servicio del pueblo. Fueron unos años fervorosos, llenos de gestos —diríamos signos, "milagros"— liberadores que mostraban la fuerza de un Espíritu nuevo. Aunque gente del pueblo se preguntaba desconcertada "¿adónde van éstos? ¿adónde nos quieren llevar?". Y muchos personajes importantes, desbordados en esa explosión de entusiasmo, observaban en la sombra tratando de captar cualquier contradicción y esperando su hora.

Y la hora llegó para Jesús. Herodes, "ese zorro", asesinó a Juan Bautista y Jesús tuvo que cruzar la frontera; los jefes excomulgaron a todo el que siguiera a Jesús; las masas, que esperaban algo

portentoso, se frustraron ante su negativa a salirse del marco estrecho y laborioso de la concientización y la entrega de la propia persona a la tarea de renovarlo todo (Lc. 11, 29-32; Jn. 6,31-36); y los guerrilleros que habían esperado que él aglutinara a las masas y acaudillara la revolución se sintieron decepcionados de que no aceptara el papel de caudillo libertario. Pero en Latinoamérica los caudillos libertarios han sido barridos por los regímenes de la Seguridad Nacional; y las jerarquías católicas —p. ej. el episcopado colombiano— que nunca aprobaron Medellín han pasado ahora a combatirlo. Como en aquel tiempo, los tiranuelos locales tienen reuniones secretas con los funcionarios del imperio y con algunos sacerdotes para extirpar el “cáncer marxista” que se habría infiltrado en la Iglesia. Y el pueblo palpa la debilidad de la Iglesia: no es una potencia sobrenatural inexpugnable, no habrá prodigios, ella, como Jesús, sólo puede dar la solidaridad de un amor fiel.

TENIA QUE MORIR

“Desde entonces muchos seguidores se echaron atrás y no volvieron más con él” (Jn. 6,66). Otros, como Pedro, permanecieron con Jesús pero trataron de que cambiara de estrategia. Los tiempos no estaban para criticar públicamente a la Iglesia y al Estado y para andar regando por el pueblo consignas de liberación. Jesús era un tipo importante, él era el representante del poder de Dios; él no podía sucumbir como cualquier pobre diablo a manos de las autoridades. Pedro le pidió que se dejara de humildades y que asumiera su papel. Y Jesús le respondió: “¡Satanás, quítate de mi vista! Tú eres un peligro para mí, porque tu idea no es la de Dios, sino la del mundo. Entonces dijo a sus discípulos: El que quiera salvar su vida a toda costa, la perderá” (Mt. 16, 21-26). Hoy también muchas personas que acogieron con alegría el camino de la liberación integral, al ver la represión encima, se han echado para atrás. “Estoy de acuerdo —dicen— pero no es oportuno hablar. Se puede interpretar mal. Es hacerle el juego a la extrema izquierda”. Ya lo había anunciado Jesús: “Es ese que escucha el mensaje y lo acepta enseguida con alegría; pero no tiene raíces, es inconstante, y en cuanto surge una dificultad o persecución por el mensaje, falla” (Mt. 13,21). Eso ha pasado entre nosotros, en el CELAM por ejemplo y en otros organismos.

Sin embargo, tenemos que confesar con alegría que la sistemática violación de los derechos humanos en nuestros países ha llevado a no pocos indecisos a dar un paso al frente y jugarse su status social, su posición económica, incluso su vida por el evangelio. Los obispos nicaragüenses, p. ej. han tardado en ver, pero han visto y no se han callado. No sólo han denunciado abusos; han llegado a proclamar al pueblo la ilegitimidad del gobierno: “Estas acciones. . . ponen a las mismas autoridades al margen de las leyes institucionales de la Nación y de todo sano principio de orden público”. Y los obispos brasileros, tras años de denuncias sobre aspectos particulares, han llegado este año en un documento admirable de teoría política a impugnar frontalmente la Doctrina de la Seguridad Nacional, ya que “cuando en nombre de este imperativo, el Estado restringe arbitrariamente los derechos fundamentales de la persona, subvierte el propio fundamento del orden moral y jurídico”. Y otro tanto podríamos decir de los obispos chilenos, paraguayos o peruanos. Los obispos salvadoreños dan un paso más al reivindicar para la acción cristiana la esfera de lo concreto: “Así como la injusticia es bien concreta, así la promoción de la justicia ha de ser también concreta. Nadie debiera extrañarse de que la Iglesia anime, oriente y fomente los mecanismos concretos de hacer justicia. En estos mecanismos concretos habrá cosas opinables y también la Iglesia tendrá que ir aprendiendo qué mecanismos concretos realizan mejor el ideal del reino de Dios. A este nivel la Iglesia igual que otras instituciones humanas que intenten promover la justicia evaluará y criticará sus aciertos y sus yerros”.

Y hay que decir con alegría que estos y otros documentos valen porque no son más que la comprensión de la práctica de grupos cristianos que en unión con otros hombres de buena voluntad tratan de luchar en nuestro continente, en estos años de infamia, por la liberación integral. Por eso las persecuciones y el martirio no son accidentes infortunados. Como en el caso de Jesús, “estaba escrito”; era previsible que ni no cedían en su camino acabaran algunos así. Hoy no podemos buscar nuestra seguridad en el silencio cómplice sino en la unión solidaria.

Años de ignominia y años de gloria. Años sobre todo para dar con fidelidad el evangelio a los pobres.

PARTICIPACION

El problema de la participación en nuestro país reviste características muy particulares. Al depender la economía de un solo producto cuyo propietario es el Estado la participación es ante todo participación política: Tener poder político es participar de los recursos petroleros. Los grupos que controlan el Estado canalizan el potencial económico nacional según sus intereses y convierten en ley esa orientación

particular de la redistribución de la renta petrolera. Aparentemente el problema sería ante todo el de aumentar el número de personas que participan de la renta petrolera. El problema de participación se convertiría en problema de redistribución.

Creemos que pese las declaraciones en contra, ésta es hasta ahora la manera como enfocamos en el país el problema de la participación.